

9. Cultura libre, comunes y redes digitales. Nuevas gramáticas para la vida en común

Lorena Ruiz

Doctora en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Entre 2014 y 2015 trabaja como mediadora cultural e investigadora en Medialab Prado, desarrollando un proyecto sobre los saberes relacionados con las prácticas cotidianas de cuidados. Desde 2016 es responsable del Laboratorio de Innovación Ciudadana de dicha institución, un espacio que conecta a múltiples actores para repensar la vida en común desde la colaboración, la experimentación y la cooperación entre los ámbitos sociales/ciudadanos e institucionales.

CULTURA LIBRE, COMUNES Y REDES DIGITALES. NUEVAS GRAMÁTICAS PARA LA VIDA EN COMÚN

Lorena Ruiz

Lo que sucede cuando nos juntamos con otros para hacer algo en común es siempre una incógnita. No hay garantías. En esas situaciones prevalece lo imprevisto, lo casual, lo azaroso, lo no deseado. Hasta el proceso colectivo más planificado, pautado y protocolarizado contiene en sí mismo, en su propia esencia, la indeterminación y la incertidumbre. El encuentro con los otros y el hacer compartido encierran la potencialidad, la posibilidad latente, la apertura permanente. No hay garantías.

A lo largo de la historia se suceden multitud de formas de organización social que canalizan y modulan ese estar juntos, ese hacer en común: instituciones, organizaciones, leyes, rituales, convenciones. Estas formas sociales articulan maneras de gobernar y gobernarse, crear sentidos compartidos y ponerlos en circulación, sostener los cuerpos y las vidas, producir, traducir mundos y, de manera transversal y constitutiva, gestionar el conflicto.

En las últimas décadas la complejidad ha colonizado el mundo social, inmerso en un nuevo desorden global marcado por la progresiva pérdida de la democracia y la instauración del "autoritarismo, la contracción identitaria y la erosión dramática de los Estados de Derecho" (Alba Rico, 2018). Este es el contexto de un mundo gravemente herido en términos medioambientales, sometido a la fragmentación de las relaciones sociales

y a procesos de desposesión que generan desigualdades acuciantes y, en suma, la precarización de la vida en todas sus dimensiones.

En este marco, es ya una realidad la búsqueda de otros modelos de organización social, que testean formas alternativas de imaginar, entender y practicar la vida en común. Nuevas gramáticas que ponen en el centro la autogestión, la cooperación, la sostenibilidad y la democratización de las relaciones económicas. En este texto me centraré en la cultura libre, los comunes y las redes digitales como dispositivos capaces de inspirar esas otras formas de gobernanza. Lo haré apelando a elementos y dinámicas de los laboratorios ciudadanos, una nueva forma de institución que promueve la participación de perfiles diversos en procesos de producción abierta caracterizados por la colaboración y la experimentación⁶⁷.

Como señalaba anteriormente, el conflicto está en el núcleo de la vida en común. Lejos de la concepción del conflicto como un problema, este puede ser en sí mismo una herramienta de transformación social (Mindell, 2014) pues, como señaló Michel Foucault (2003: 116), "allí donde hay poder, hay resistencia". Y donde hay democracia hay contrapoderes ciudadanos, estructuras vigilantes y críticas con las instituciones gubernamentales capaces de articular procesos participativos autónomos que tensionan los límites de la propia institución.

Esta dialéctica entre las prácticas ciudadanas y los mecanismos de gobernanza diseñados por las instituciones es central para la construcción de comunidades políticas activas, clave en aspectos tales como la toma de decisiones, la gestión de los recursos, la producción jurídica o la formulación de políticas públicas. Una de los abordajes contemporáneos de la creación de comunidades políticas que más auge ha tenido recientemente es el paradigma de los comunes -también denominado procomún, común o commons-⁶⁸.

En la caracterización de los bienes comunes identificamos los comunales tradicionales, aquellos bienes de la naturaleza de los que depende la reproducción de las comunidades, y los nuevos comunes, que además de los bienes naturales incorporan los bienes a través de los cuales podemos cooperar, como la educación, el conocimiento o las tecnologías de la comunicación. El elemento esencial en la definición de los comunes es que son "una triada formada por la existencia de un recurso, una comunidad activa alrededor de la cual se desarrolla el común y un conjunto de normas que describen su forma de gestión" (Fernández Casadevante y

67 Para una caracterización de los laboratorios ciudadanos véase el siguiente texto de Juan Freire: <http://juanfreire.com/la-emergencia-de-los-laboratorios-ciudadanos/>

68 En este libro se encuentran más aproximaciones a los comunes, particularmente los textos de Rodrigo Savazoni (capítulo 3) y Cinthia Mendonça (capítulo 6).

Martínez, 2017: 155). En síntesis, los comunes son por tanto prácticas de sostenimiento de vínculos entre recursos y comunidades. Por ello es más ajustado pensar los comunes como un verbo que como un sustantivo -en inglés se emplea el término *commoning*, que en español se traduciría por comunalizar-.

Los laboratorios ciudadanos son escenario de estas lógicas de lo común. El ejemplo paradigmático lo encontramos probablemente en la producción colaborativa de conocimiento, que emerge de la comunidad y vuelve a ella, puesto a disposición de la misma a través de la apertura del código, la documentación con licencias libres. El elemento más importante, en mi opinión, del despliegue de los comunes en los laboratorios ciudadanos es la relación que se establece entre lo público y lo común, particularmente la posibilidad de ensayar instituciones público-comunes. Partiendo del cuestionamiento a la arquitectura institucional existente, las prácticas público-comunes de los laboratorios ciudadanos experimentan con variables de diferentes modelos de gobernanza -participación, representación y autogestión-, creando las condiciones de un proceso en el que "lo común custodia, vela, lucha y se expone para que lo público siga siendo más y mejor público" (Padilla, 2017).



Como muestra de esta tensión productiva entre lo público y lo común en el seno de los laboratorios ciudadanos, pensemos en el proyecto desarrollado en uno de esos laboratorios por un grupo de adolescentes de Villaverde, distrito de la periferia sur de Madrid. El grupo, denominado SK Bars, diseñó, construyó y posteriormente gestionó unas barras para hacer deporte -calistenia o street workout- en un parque público del distrito⁶⁹. La comunidad en torno a las barras fue desarrollando una relación de cuidado de las mismas que se extendía más allá de ellas -y a partir de ellas- para incluir la limpieza del parque donde estaban instaladas o la incorporación de nuevos miembros a la comunidad con criterios

69 Para conocer más sobre el proyecto de SK Bars se pueden consultar estos enlaces:
https://www.experimentadistrito.net/san-cristobal_street-workout_skbars/
<https://es-la.facebook.com/sk.bars.workout/>

de diversidad. La interlocución del grupo de adolescentes con la Junta Municipal del Distrito de Villaverde -organismo local del Ayuntamiento de Madrid- para solucionar los problemas derivados del mantenimiento de las barras, o la inclusión de las barras en la remodelación del parque prevista por el gobierno estatal son ejemplos de esa hibridación entre lo público y lo común que constituye una de las potencialidades de los laboratorios ciudadanos.

Si bien los comunes, y en particular su imbricación con lo público, son una propuesta de otro modelo de organización política posible, cabe plantearnos una serie de preguntas sobre sus capacidades, siguiendo a Fernández Casadevante y Martínez (2017: 149-152): ¿cuál es el ámbito de actuación de los comunes? Es decir, ¿pueden escalar a nivel urbano o están restringidos al entorno de las comunidades que se establecen en los barrios? ¿Es posible establecer hoy los vínculos comunitarios que requiere la creación de nuevas instituciones públicas? Asimismo, es necesario visibilizar y revisar los propios sesgos que atraviesan a las prácticas comunitarias, fundamentalmente en términos de clase, género y procedencia.

Las formas de experimentación en torno a los comunes, sobre todo en su vertiente de bienes cooperativos, se nutren de un amplio espectro de prácticas culturales -mezclar, combinar, referenciar, compartir- cuya defensa y promoción ha reivindicado la cultura libre. Surgida a finales de los años noventa como respuesta a la mercantilización y privatización del ámbito cultural mediante un rígido sistema de propiedad intelectual, la cultura libre se basa en el movimiento del software libre, cuyos principios se recogen en cuatro libertades: libertad de usar, estudiar, distribuir y mejorar el software.

La cultura libre convoca el derecho a producir, acceder y compartir la creación cultural sin necesidad de contar con ningún tipo de permiso para ello (Lessig, 2005). No se trata de un régimen exento de propiedad ni gratuito, es más bien una plataforma abierta que permite que otros actúen en base a ella. Uno de los matices fundamentales de esta noción de cultura libre es la radicalidad que propone en el acceso, ya que no se trata únicamente de poder consultar los productos culturales, sino de la capacidad de reapropiárselos mediante su transformación, realizando así obras derivadas que se pueden encadenar de manera igualmente abierta, con un efecto expansivo de la cultura y el conocimiento.

Las dinámicas de colaboración que tienen lugar en los laboratorios ciudadanos reproducen la filosofía de la cultura libre albergando prácticas de experimentación cultural en las que la remezcla y la reinterpretación son constantes, lúdicas e imprevistas, produciéndose de manera descentralizada. Uno de los momentos más peculiares que se producen

a este respecto en los laboratorios ciudadanos es ver cómo algunos colaboradores, habitualmente los que poseen conocimientos técnicos específicos -por ejemplo, diseñadores gráficos o programadores- transitan de unas mesas a otras utilizando fragmentos del trabajo que crean con cada grupo y que utilizan para diferentes proyectos.

En el planteamiento de la cultura libre es central la apertura del código, la disponibilidad del conocimiento generado para que otros puedan acceder a él y manipularlo. Uno de los pilares de los laboratorios ciudadanos responde a esa apertura bajo la práctica de la documentación realizada con licencias libres, es decir, licencias que señalan cómo quieren los autores que sean utilizadas sus obras. La documentación que se realiza en los laboratorios ciudadanos tiene el horizonte de ir más allá de los aspectos técnicos de la creación colectiva e incluir también los procesuales, la relación -material, afectiva, conflictiva- de la comunidad con aquello en torno a lo cual se genera y se sostiene. La documentación recoge así las huellas de estos procesos de cooperación de tal forma que sean accesibles para su réplica en otros contextos y, quizá más importante aún, para hacer red, para conectar entre sí a diversos actores en una estructura de conocimiento distribuido en la que priman el reconocimiento de las contribuciones de cada nodo de la red, su autonomía y la generosidad hacia el conjunto.

Estos procesos por los que se hace red a partir de la documentación (así como de otras prácticas conectadas con la cultura libre), se engarzan de forma constitutiva con las lógicas de las redes digitales. Rescato a continuación dos elementos de esas lógicas que considero que nutren de manera muy clara la filosofía de los laboratorios ciudadanos: por una parte, la cooperación entre desconocidos y diferentes y, por otra, el conocimiento que se genera a través del hacer compartido, mediante la centralidad de la experimentación.

En las redes digitales es posible cooperar con otros a quienes no elegimos y que no necesariamente son iguales que nosotros. Internet permite compartir información sin necesidad de que el destinatario y el receptor se conozcan o sean iguales. Pensemos por ejemplo cuando nos descargamos un material de la red o cuando lo subimos. En los laboratorios ciudadanos se replica esta particularidad de las redes mediante dispositivos específicos -mediación y convocatorias abiertas- que crean las condiciones para que personas con diferentes expectativas, saberes y niveles de experticia trabajen por primera vez juntas en el desarrollo de un mismo proyecto.

Por otra parte, las redes se construyen mediante la interacción de muchos nodos que experimentan de manera distribuida cada uno con un trozo de código, con un nuevo desarrollo, con un *fork*⁷⁰. La capacidad operativa en la red es ubicua, accesible para cualquiera (Padilla, 2012:42). En los laboratorios ciudadanos esa capacidad operativa tiene más condicionantes, pero proporciona aun así la posibilidad de que cualquiera pueda encontrar su lugar aprendiendo de otros y enseñando lo que sabe -diseñar una página web, pensar un lema que comunique bien el proyecto o

70 [https://es.wikipedia.org/wiki/Bifurcaci%C3%B3n_\(desarrollo_de_software\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Bifurcaci%C3%B3n_(desarrollo_de_software))

trabajar la madera-. La experimentación permite el testeo continuo, explorar caminos imprevistos sin miedo al error y confiando en que los demás están cuidando del mismo proceso. Y en este hacer compartido se generan tanto el conocimiento que permite el desarrollo técnico de los proyectos como los lazos de reciprocidad y confianza para la creación de comunidad.

La arquitectura de las redes digitales ofrece referencias muy sugerentes para nuevos modelos a implementar en el mundo material. Los laboratorios ciudadanos son un lugar privilegiado en el que experimentar con estructuras híbridas que permitan itinerarios diversos entre el mundo digital y el físico, pudiéndose potenciar mutuamente ambas aproximaciones. Los ecosistemas de innovación social o las herramientas para los procesos participativos ciudadanos son algunos ejemplos del terreno a explorar en ese cruce.

En definitiva, la cultura libre y las redes digitales abren nuevas vías para la producción de espacios de sociabilidad, conocimiento y gobernanza. Para poder hacer un uso efectivo de estas herramientas, con capacidad transformadora, necesitamos cuestionarnos acerca de la desigualdad que anida en ellas, tanto en términos de accesibilidad como de distribución de poder y de saberes, así como problematizar su margen de incidencia para huir de visiones triunfalistas que obvian los componentes materiales, las tensiones y las contingencias de todo proceso.



El recorrido de este texto tiene el trasfondo de la ciudad como espacio en el que se disputa el sentido de la vida en común. En esas tramas de sentido en las que nos enredamos cotidianamente ponemos en juego el deseo -colectivo y tozudo- de hacer ciudad. Una ciudad que recupere la escala local, los espacios de proximidad y vecindad⁷¹, como está sucediendo a través de los procesos de descentralización y conexión con el territorio promovidos desde la cultura o la economía de proximidad.

Si los laboratorios ciudadanos pueden ser parte del engranaje de nuevas formas de institucionalidad y gobernanza, junto a ellos encontramos toda una serie de iniciativas -hacklabs, centros sociales autogestionados, movimientos vecinales, huertos urbanos...- que apuntan a la interrelación de lo público y lo común en una ciudad que se encuentra en beta permanente, inacabada por definición. Una ciudad que pugna por estar más en contacto con la vida.

Los comunes, la cultura libre y las redes digitales albergan un potencial de transformación para estas dinámicas de autoorganización social urbana. En su centro está la creación de comunidades políticas capaces de activar procesos de autogobierno. Tenemos que estar alerta ante las exclusiones y violencias de estos procesos porque "no podemos pensar solo en términos de comunidades cerradas, sino sobre todo en lazos sociales que incrementan las bases disponibles para seguir cooperando" (Comunaria.net, 2017: 10). La vida en común pasa por tanto por crear y cuidar las condiciones -materiales y simbólicas- para la existencia de lazos sociales. Para ello tenemos la posibilidad de experimentar con nuevas gramáticas que dibujen otras formas de encontrarnos, reconocernos y sostenernos unos a otros.



71 Un ejemplo de cómo abordar las comunidades de vecinos en tanto que espacios de creación de comunidad política lo encontramos en el proyecto La Escalera: <http://www.proyectolaescalera.org/>

Referencias bibliográficas

Alba Rico, S. (2018). "¿Un «desorden global» sin alternativas?" [online] Nueva Sociedad. Democracia y política en América Latina. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/un-desorden-global-sin-alternativas/>

Comunaria.net (2017). Introducción. Repensar los comunes para alimentar otros mundos. En VV.AA. *"Rebeldías en común. Sobre comunales, nuevos comunes y economías cooperativas"* Madrid: Libros en Acción.

Fernández Casadevante, J.L.; Martínez, R. (2017). Asaltar los suelos. De la ciudad neoliberal a los comunes urbanos. En VV.AA. *"Rebeldías en común. Sobre comunales, nuevos comunes y economías cooperativas"*. Madrid: Libros en Acción.

Foucault, M. (2003). *"Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber"*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lessig, L. (2005). *"Por una cultura libre. Cómo los grandes grupos de comunicación utilizan la tecnología y la ley para clausurar la cultura y controlar la creatividad"*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Mindell, A. (2014). *"Sentados en el fuego. Cómo transformar grandes grupos mediante el conflicto y la diversidad"*. Barcelona: Expresiones de Democracia Profunda.

Padilla, M. (2012). *"El kit de la lucha en Internet"*. Madrid: Traficantes de Sueños.

_____. (2017). *"Lo público, más y mejor público"*. [Blog] Blog de Experimenta Distrito. Disponible en: <https://www.experimentadistrito.net/lo-publico-mas-y-mejor-publico>